

ISSN: 3101-0032
EDICIÓN N °3
ENERO- JUNIO 2026



Entretejiendo ENEAS



Título: Entretejiendo Eneas

ISSN: 3101-0032

Tercera edición: , Montería, Córdoba, Colombia

Edición N ° 3, año 2026

Nueva edición cada seis meses

© de los textos, sus autores

© del diseño, Angélica Genes Núñez

© Entretejiendo Eneas

www.entretejiednoeneas.org

Edita: Rosa Inés Babilonia Ballesteros

Corrección de estilos: Martín E. Pérez Peñata

CREADORES DE LA REVISTA

Rosa Inés Babilonia Ballesteros

Geógrafa cordobesa, gestora cultural, docente e investigadora. Más de 10 años de experiencia académica y trabajo con organizaciones sociales y comunitarias en Colombia, Chile, Brasil, Argentina y Uruguay. Amante de la escritura y la lectura. Le gustan las plantas y los viajes. Ha publicado artículos de investigación, capítulos de libro, poemas y cuentos cortos. Actualmente se desempeña como docente e investigadora en diferentes universidades de Colombia.



Yennifer Cabria Ortiz

Estudiante de la Universidad de Córdoba, perteneciente al programa de Licenciatura en Educación Infantil, casi graduada, técnica en asesoría comercial, actualmente hace parte del grupo Entretejiendo Eneas con el objetivo de rescatar lo valioso arquitectónico cultural del municipio de Santa Cruz de Lorica. Tiene como hobby la lectura y la escritura, pero su mayor anhelo es la investigación por temas que le parecen interesantes y de gran provecho. Le gusta mucho bailar, salir con amigos y dedicarse a sus estudios, es muy conocida por su rendimiento académico.



Angelica Genes Nuñez

Estudiante de Licenciatura en Educación Infantil en la Universidad de Córdoba. Ha participado en procesos juveniles, especialmente con mujeres del corregimiento de Los Corrales, Purísima. También integra el grupo Entretejiendo Eneas, donde busca fortalecer los procesos de enriquecimiento de la cultura con sus demás compañeros. Apasionada por el arte, la cultura y la música; ama diseñar y contar historias a través de sus creaciones. Considera que todos poseen magia y que solo es cuestión de encontrarla.



CREADORES DE LA REVISTA



Martín Pérez Peñaata

Estudiante de Licenciatura en Lengua Castellana y Literatura de la Universidad de Antioquia (Medellín). Escritor aficionado y creador audiovisual. Redactor, editor y community mánager del medio de comunicación cordobés Zenú Digital.



Hernán Miguel García Babilonia

Estudiante de Ingeniería Eléctrica de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, oriundo del municipio de Lorica, Córdoba. Le apasiona la lectura y la cultura local, interés en la investigación enfocada en conocer y preservar la historia regional.



Oscar Arismendi Alian

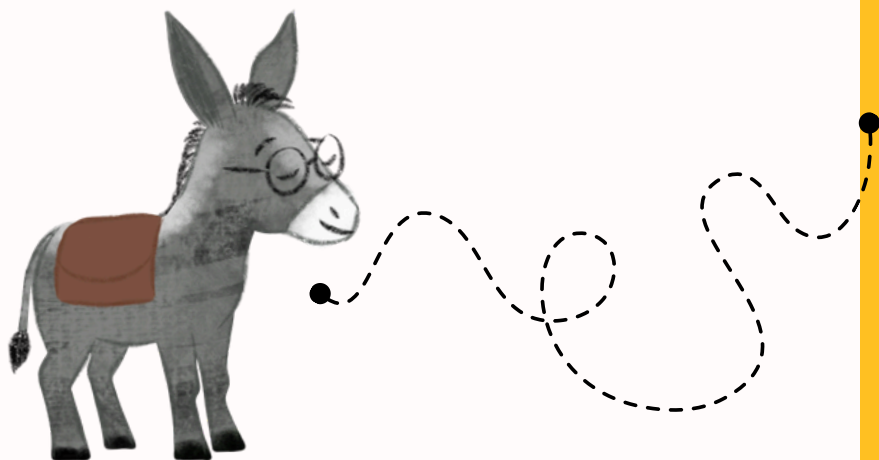
Licenciado en Ciencias Sociales y estudiante de Derecho en la Universidad de Córdoba, Colombia. Se caracteriza por su pasión por el conocimiento y su interés en la lectura, la escritura y el análisis de temas sociales y jurídicos. Su formación le ha permitido desarrollar una mirada crítica y reflexiva sobre la realidad, con un compromiso constante hacia la educación, la justicia y el pensamiento humanista.

AGRADECIMIENTOS

En esta edición deseamos extender nuestra gratitud a las personas creativas que compartieron sus textos, en especial, a Arleth Lozano, Klimán Cárdenas, Oscar López, Elisa Herrera, Abel Mejía, Aura Díaz, Martín Pérez y Yennifer Cabría por animarse a mostrar sus talentos y habilidades de escritura. A Lina Montes por sus ilustraciones.

Agradecemos a Giornina Ortiz Julio por compartir su trayectoria de vida con nosotros. A través de su relato logramos reconocer el valor de la gastronomía local en Santa Cruz de Lorica y la importancia de conservar el legado familiar y la tradición.

A Abba padre, por inspirarnos y sostenernos en éste sueño hecho realidad: **Entretejiendo Eneas**, una revista de difusión cultural del Caribe colombiano.



La vida mía: Georgina
Ortiz julio

8

01 HOMENAJEARTE

Dios es un pintor 14

Escapatoria de lo
absurdo 15

En mi tierra nunca seré
forastero 17

Carta a un gran artista 18

Ayapel, municipio
acuateritorial de 20

Córdoba: esfuerzo,
trabajó y dedicación de
su comunidad

Yo digo que Cereté sin
Daniela no es bella 21

Aprendí a imaginar
demasiado pronto 23

De planeta., para el
planeta 27

02 EXPRESARTE

Ámely.

37

03 ÁMELY

La vida mía: GEORGINA ORTÍZ JULIO



Autora:

Yennifer Cabria Ortiz

Santa Cruz Lórica, fue para nuestros antepasados, un punto geoestratégico para el comercio fluvial. Por allí, entraron culturas árabes y de otras regiones, dejando huellas imborrables en nuestro municipio.

En 1929, se levantó, construido en bahareque y paja, el majestuoso Ranchón, con el río Sinú de fondo, donde llegaban grandes embarcaciones a descargar su mercancía. Con el transcurrir de los años, aquella maravillosa construcción fue reemplazada por una fuerte edificación de ladrillos y zinc. A esa obra se le dio el nombre de uso popular “**ranchón**”, también conocido como el **Mercado Público de Lórica**. Más tarde fue declarado patrimonio arquitectónico nacional.

Entretejiendo Eneas tuvo la oportunidad de entrevistar a una de las cocineras del majestuoso Mercado Público: **Georgina Ortiz Julio**, oriunda del municipio, quien ha



Mercado Público, Lórica, Córdoba
Fotografía: Keitry Morales

dedicado su vida entera a esta hermosa tradición que ha pasado de generación en generación: primero su bisabuela **Carmela Quintero**, después su abuela **Georgina Quintero Nieto**, luego su madre **María Julio Nieto**. Hoy ella, continúa con amor y agradecimiento el legado gastronómico.

Según lo expresado por Georgina, el ranchón ha cambiado mucho en apariencia desde su estadía como cocinera. Recuerda que, al comienzo, solo había unas



“ Ser cocinera en un lugar reconocido como patrimonio cultural del municipio de Santa Cruz de Lorica es, para mí, un orgullo ”

mesas de madera donde se vendían frutas, plátano, yuca, ñame; más tarde llegaron los comedores. En aquel entonces se cocinaba en carbón, pero ha sido reemplazado por estufas de gas, mesas más amplias. Lo negativo es que incluso en la actualidad sigue habiendo poco espacio.

Sin lugar a dudas, el plato típico favorito es el sancocho de pescado; un pescado cienaguero representativo de la

de la comida **loriquera** y constituye un esplendor de la gastronomía de nuestro municipio.

Entre los platos típicos más frecuentados están: el sancocho de bocachico, pescado frito guisado metido en zumo de coco y la zarapa.

En cuanto a sus desafíos y logros, Georgina logró criar a sus hijos, les brindó educación universitaria de calidad. Actual-

mente, **tiene dos empleadas** quienes la acompañan en su labor y les enfatiza a los jóvenes que **aprendan a cocinar**, pues con ello se abren oportunidades.

Tiempo atrás, cuando aún estaba su mamá, la cuñada de Georgina envolvió una sarapa sin presa, es decir, sin carne, lo cual al comensal no le gustó, esto sucedió en más de una ocasión por la misma cuñada.

Otra anécdota que recuerda de su paso por el Ranchón involucra a varios muchachos que un día hace años se tiraron al río, para pasar el rato. Uno de ellos no logró salir, quedó atrapado debajo de la muralla **durante 14 días**. Fue rescatado gracias a un señor que pasaba por ahí a medio día. Mientras tanto, el joven se mantenía con pescados crudos que encontraba, aunque su piel estaba bastante maltratada y estaba muy delgado. Al principio, quienes lo encontraron pensaron que se trataba de un animal como una choncha, llamaron a la Cruz Roja y a la policía. Gracias a Dios, el joven sobrevivió y se recuperó por completo.

Georgina ama lo que hace y lo concluye así: trabajar en el mercado es **“La vida mía”**.

*sancocho de
bocachico*

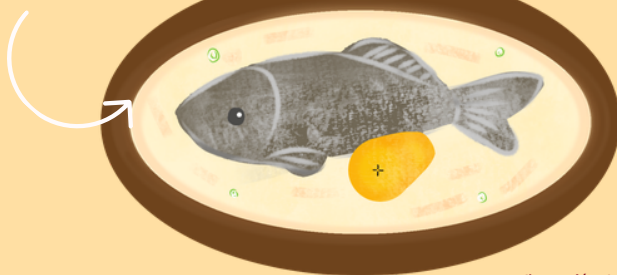


Ilustración: Angelica Genes Nuñez



Mercado Público, Lorica, Córdoba
Fotografía: María Elis Rojas

02

EXPRESARTE

Un espacio para mostrar tu arte

Dios es un pintor



El playor, Lorica
Fotografía: Yennifer Cabria

Dios pinta tu boca,

y tu boca me dice que Dios es un pintor.

Él hace de la simetría

más que el efecto mecánico de sus manos,

y de lo asimétrico un destello de perfección.

Dios es un pintor.

Él traza el boceto de tu sonrisa,

y yo, al verla, lo declaro el más grande pintor.

Porque Él pinta bajo el concepto del bien,

porque el bien es Dios y el bien es amor.

Dios es un pintor.

Porque la belleza y el mal no se encuentran,

Dios es un pintor.

Autor: Oscar David López





Escapatoria de lo absurdo

Autora: Arleth Lozano Campo

El tenue sol resalta los colores
de un camino que para muchos
pasa desapercibido,
pero que, para otros, es la
forma más deleitosa de
despejar
las telarañas de la mente.
A la orilla de un caño
consumido por la vegetación
silvestre,
rodeada de **árboles frondosos**
que parecen sacados de un
cuento,
la cicloruta en dirección Mocarí-
Garzones,
más allá de ser un espacio
público que cumple su función
urbanística
para las comunidades
aledañas,
es la **escapatoria más cálida**
del caos de los pensamientos.

Pequeños detalles como el
intenso verde de los árboles,
la presencia de insectos y aves,
la fresca brisa veranera,
la caída hipnotizante de las
hojitas marchitas
y los anaranjados atardeceres,
permiten comprender que las
abrumadoras dinámicas de la
vida
son apenas absurdos
instantes
por los cuales no vale la pena
inquietarse.

Percibir estos pequeños
placeres
recuerda el privilegio de estar
vivo,
y para quienes han sentido la
incertidumbre,
bien lo intuía Albert Camus:



“ La vida no tiene
sentido,
pero vale la
pena vivirla,
cuando
aceptas, con
serenidad,
que no lo tiene
en absoluto ”



Fotografías: Arleth Lozano

Este refugio sencillo también merece cuidado:

COLOCAR UNAS BANCAS NO SERÍA MALA IDEA...

SERÍA UN GESTO AMABLE PARA QUIENES

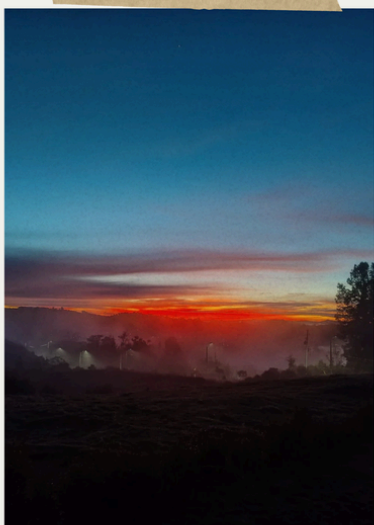
BUSCAN EN ESTE SENDERO

UN RESPIRO PARA EL ALMA.



En mi tierra nunca seré forastero

Autor: Martín Pérez Peñata



Fotografía: Luis Fernando Peñata

Cae la tarde y me contento con el sol dorado, tierno y afable. Salgo de mi casa por entre debajo de los árboles que me colman de vida, de oxígeno y oigo una banda de aves de mil formas que cantan al unísono sus melifluas melodías.

En cuanto hago todo eso, se ve en el horizonte un firmamento colorido, y después de una lluvia continua, el arrebol deja ver los colores cálidos proyectados en las nubes pasajeras, efímeras. Caminando por estos caminos viejos, amarillos, casi olvidados, llegan a mí recuerdos que vale la pena recordar, experiencias que valió la pena vivir, sensaciones que valió la pena sentir; me sonrió en ese momento de introspección mientras veo a Enay, la matrona de este pueblo. Levanto mi mano en un ademán de saludo, ella lo replica y me reafirmo lo que ya sé: **«En esta tierra grata, espaciosa y fecunda nunca seré forastero».**



Carta a un gran artista

Autor: Martín Pérez Peña

Dios es un gran matemático,

es un gran ingeniero,

es un maravilloso biólogo,

pero, sobre todo, es un gran artista.

Porque el mismo Dios que creó los cielos y la tierra, los mares y las fuentes, el mismo Dios que pintó de colores el cielo y lo llenó de aves de mil formas, es el mismo Dios que te pintó la sonrisa en los labios. Porque el mismo Dios creador de cada una de las flores del campo, de sus aromas y de sus delicados pétalos, fue quien puso sobre ti cada uno de tus cabellos, todos bien puestos, todos muy bien cuidados, meticulosamente, con precisión de relojero. El mismo Dios que le dio vida a todo lo que respira fue el que encendió ese mismo fervor en tu corazón.

Fue el mismo creador del sol el que —al formarte en el vientre de tu madre— puso una réplica exacta en tu rostro, haciendo que, cuando te acerques, ilumines todo al paso.

¡Ay, qué gran pintor! ¡Ay, qué gran artista el que te pintó con una precisión milimétrica!

Cada mañana, agradezco a ese pintor, le agradezco a ese artista por hacerme testigo de su gran obra. ¡Ay, qué bendito! Obra selecta eres de ese gran artista. Obra maestra eres de ese pintor que en cada parte de su obra está escrito **«Yo tuve un creador y es un maravilloso artista»**.



Fotografías: Ofelia Rivera

El Dios de los milagros, el Dios de lo imposible fue quien te creó. Y yo digo que algo de tu creador hay en ti. No sé si es tu sonrisa, no lo sé. O tu ojos esquivos, tampoco lo sé.

Bendito sea Dios que me dio la vista para poder ver el fulgor de tu sonrisa.

Bendito sea Dios que me dio el olfato para poder oler el dulce aroma de tu perfume.

Bendito sea Dios que me permitió escuchar la dulce melodía arrulladora de tu voz.

Bendito sea Dios que me dio dos brazos para alcanzarte y apretarte a mi pecho.



Los Corrales, Purísima
Fotografías: Angélica Genes Núñez

Ayapel, municipio acuateritorial de Córdoba: esfuerzo, trabajo y dedicación de su comunidad

Autora: Elisa Inés Herrera Fajardo



En honor al cacique Yapé fue nombrado el municipio de Ayapel, el cual es un franja acuateritorial conocida por su riqueza natural, basada principalmente en la ciénaga que la fuente de sostenimiento de la sociedad.

Su economía se basa en la pesca, siendo la actividad primordial, seguida de la agricultura y la ganadería local. En el aspecto político su impacto es muy grande, pues comenzó con árabes y liberales que dejaron huellas en el municipio, las cuáles son observables en diferentes lugares como la iglesia, la plaza Santander y la casa "La Perla".

Yo digo
que
Cereté

sin
Daniela

no es
bella

Yo no conozco Cereté,
pero pasé por ella.

Me cuentan que es pequeña
y que tiene **bonita iglesia**;
si a esa iglesia no va Daniela,
yo digo que no es bella.

Que hay **una plaza**
donde los viejos juegan parqué,
toman café y echan cuento,
y donde los **novios se adueñan**
de la noche

y las **palomas** de la mañana.
Ajá, pero ¿qué tiene esa plaza
si no la recorre Daniela?

Yo digo que, sin ella,
plaza se queda.

Y que en esa plaza sirven un
buen café,
pero si no me lo tomo con

Daniela,
yo digo que café no es,
y que me sabe más un trago del

Río Sinú,
porque él vio a Daniela nacer.

Y que hay una casa
donde vive **Daniela**;
esa casa sí es bella.

Pero si Daniela sale de Cereté
y no está en la iglesia,
ni en la plaza,
ni en la casa,

yo digo que Cereté no es bella.



Fotografías: Ofelia Rivera





Aprendí a imaginar demasiado pronto

Autor: Kliman Josué Cárdenas Morelo

No era un niño raro, era un niño profundamente imaginativo en un lugar que no siempre lo entendían.

Hasta ahora comprendo esas palabras. Me gusta escribir, leer de todo y, sobre todo, imaginar historias, casi siempre de fantasía, donde soy el protagonista y puedo moldearlo todo a mi favor. Pero esto no nació ahora. Nació de un niño inseguro de su condición, de su físico, de sus múltiples problemas; un niño que, aunque reía y jugaba, utilizaba su mente como el único lugar donde podía desconectarse de todo y aún lo sigue haciendo.

Uno de los recuerdos que más repite mi mamá es de cuando me fracturé el brazo. Tendría unos tres años. Acababa de ver Spiderman y quería ser como él. Con mi primo empezamos a

saltar de cama en cama, creyéndonos superhéroes. En una de esas, yo no salté, yo volé o eso creía. Me choqué contra el supuesto Doctor Octopus que mi mente había puesto en el cuarto, caí mal y me fracturé. Duré meses con el brazo inmovilizado. Allí, sin darme cuenta, mi imaginación dejó de interpretar la realidad y empezó a vivirla.

Recuerdo también que, en el colegio, cuando estaba en descanso, los útiles escolares dejaban de ser útiles. El lapicero era un guerrero con casco; el borrador, un vehículo blindado; el robot del sacapuntas era el villano y cuando el lápiz se unía con el sacapuntas, no se estaba afilando: se estaba transformando en un arma nueva.

Qué recuerdos tristes. Un amigo

solo un amigo en la escuela, y cuando se iba a jugar con otros, yo me quedaba con mi mente. Mi entorno lo fui reinterpretando por el miedo a relacionarme. Yo no hacía tareas, yo libraba batallas.

Mucho después, como a los trece o catorce años, la imaginación seguía igual de viva, pero ahora mezclada con la adrenalina. Vivía en casa de la abuela y la calle estaba en construcción. Con mi primo, mi hermano y otros loquitos, nos trepábamos en árboles, corríamos al monte, nos tirábamos desde tractores a montañas de arena como si fuéramos superhéroes. Seis metros de altura y nosotros creyendo que podíamos volar.

¡Pobres rodillas mías por crearme invencible! No era solo juego: era la forma que encontré para no pensar en la separación de mis padres. Fue una época bella donde mi imaginación empezó a curar cosas que yo no entendía.

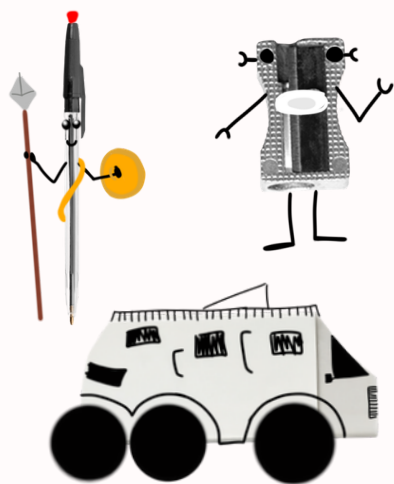


Ilustración: Angélica Genes Núñez

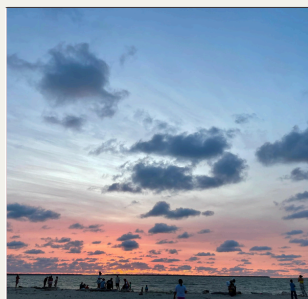
Pero si me voy más atrás, a cuando tenía cuatro o cinco años, recuerdo algo que todavía me eriza la piel: la luna me perseguía. Yo corría por el parque dando vueltas a la manzana, saltando de banca en banca, de rama en rama, de reja en reja, intentando dejarla atrás. Pero ella siempre estaba ahí. Y lejos de asustarme, eso me llenaba de euforia. Porque sabía que en la noche empezaríamos de nuevo. Sentía que había algo mágico conmigo, algo que solo yo veía.

En las casas donde viví mi niñez había un lugar que yo convertía en fuerte. En el patio, unas matas de plátano que tapaban

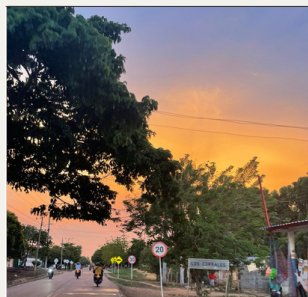
la esquina eran suficientes. Llevaba una mesa, la acomodaba, y eso ya era mi casa. Los grillos eran el enemigo que quería invadir. Las hormigas, mi ejército fiel que conocía el terreno. Y los gusanos, esos eran gigantes que gobernaban bajo tierra. Las batallas eran épicas. Yo no hacía eso por jugar: lo hacía porque allí me sentía seguro.

Cuando me mudaba, construía otra. En el monte, en el parque, en cualquier palo mal parqueado. Clavos, tablas, alambres: lo que hubiera. No recuerdo con claridad las historias, pero sé que debieron ser mágicas, porque yo podía pasar horas ahí sin sentir el tiempo. Cada casa nueva era una forma de volver a empezar por dentro.

También tuvimos una cerda. Hermosa, lampiña y grandota. Yo me le subía encima, le agarraba las orejas y la convertía en mi bestia de guerra. La llevaba a mis aventuras como un gladiador. Los golpetazos que me daba y los regaños de mi mamá no me



Fotografía: Juan Manuel Julio



Los Corrales, Purísima
Fotografía: Camila Hernandez



El playor, Loricá
Fotografía: Yennifer Cabria

importaban. Yo quería quedarme allí, en ese mundo que mi mente construía, aunque tuviera consecuencias.

Porque ese mundo me hacía sentir más fuerte de lo que me sentía en la vida real.

Hubo una época donde el miedo se metió en mis juegos. Veía películas de terror y no podía dormir. Chucky, el Creeper, las historias que contaba mi papá. ¿Y sabes cómo lo enfrentaba? Me iba al pajar, al monte, al sol, y corría sintiéndome perseguido por brujas y demonios imaginarios. Mi locura se mezclaba con el terror, y de alguna forma aprendí a convertir el miedo en historia para que dejara de asustarme.

Y entre todos esos recuerdos, siempre estaban los juegos típicos de mi tierra: el trompo, la bolita de cristal, el barrilete. Jugaba, reía, me ensuciaba, pero cuando todo terminaba, sentía un vacío extraño en el pecho. Una soledad que solo se calmaba cuando me iba a pensar en la nada. Pero la nada era oscura y aburrida... hasta que aprendí a llenarla con imaginación.

Hoy entiendo todo. Fue una infancia distinta a la de muchos otros niños de Montería, y sé que puede que uno que otro la haya vivido así, una Montería con lugares llenos de magia, de mundos inexplorados y de vivencias fantásticas. Entiendo por qué me gusta escribir historias, por qué la ducha es el lugar donde más temporadas he creado, por qué puedo pasar horas imaginando mundos con geografía propia, criaturas, razas y mapas enteros.



“

**Yo no aprendí a
imaginar leyendo
libros.**

**Antes de saber leer,
ya sabía imaginar**

”

De Planeta, para el Planeta...



Autor:

Abel Mejía Osorio



Mi nombre es **Abel Mejía Osorio**, tengo 25 años y soy un joven de Colombia. Actualmente vivo en Montería, Córdoba. Pero soy de un pueblo muy pequeño llamado Planeta Rica

Hoy quiero contarles un poco de mi historia, de cómo pasé de sentirme perdido a descubrir mi propósito.

Todo comenzó en 2020, en plena pandemia. En ese momento me veía como un joven sin rumbo, sin tener muy claro qué quería hacer ni hacia dónde quería ir. Lo único que sí sabía era que quería hacer algo que tuviera sentido, algo que marcara una diferencia y dejara huella.

Durante esos meses de encierro empecé una búsqueda interna. Me di cuenta de que tenía algunas habilidades, pero no sabía cómo usarlas ni quién podría verme o escucharme desde casa.

Fue en 2022 cuando conocí a Tearfund y su Red de Jóvenes. Ese fue un momento crucial en mi vida, allí encontré un espacio donde podía explotar mis capacidades, compartir ideas y aprender de otros jóvenes que también querían transformar sus comunidades. En esos encuentros me sentí inspirado y acompañado. Empecé a creer que sí podía hacer algo, por pequeño que fuera, para generar un cambio real.

Así que comencé con pequeñas acciones dentro de mi comunidad de fe. Y poco a poco, esas acciones fueron creciendo. En mi ciudad, Montería (Córdoba), había un problema evidente con la gestión de los residuos: los rellenos sanitarios estaban desbordados. En lugar de quedarnos solo en la queja, con un grupo de jóvenes decidimos buscar una solución.

Fue así como nació el proyecto “Creación Consciente”.



La idea era sencilla pero Biodiversidad, en Cali, un poderosa: aprovechar los espacio donde comprendí que residuos orgánicos de las casas lo que estábamos haciendo a de los miembros de nuestra nivel local también tenía un comunidad para elaborar impacto global. Ese mismo año, compost, reduciendo la viajé a Uveros, San Juan de cantidad de basura y ayudando Urabá (Antioquia), donde al mismo tiempo a las familias trabajamos con la comunidad que quisieran sumarse. en la reducción del uso de También empezamos a plásticos. promover el reciclaje y a reducir el uso de plásticos.

Lo que empezó como una a poco empezamos a ver cómo iniciativa local terminó siendo el lugar cambiaba su relación algo que inspiró a muchas más con el entorno. personas.

Gracias a este proceso tuve la cuenta de que aquella oportunidad de viajar a búsqueda que empezó en 2020 distintas ciudades y pueblos de me llevó a descubrir mi Colombia, compartiendo verdadera pasión: ser un nuestra experiencia e invitando defensor ambiental y motivar a a otras comunidades de fe a otros jóvenes a creer que sí es unirse al cambio. Eso fortaleció posible cambiar las cosas, mi liderazgo y mi compromiso incluso desde los pequeños con el medio ambiente. espacios.

En 2024, gracias a este camino, Porque al final, los grandes fui invitado a participar en la cambios comienzan con pasos zona azul de la COP16 de pequeños y con la decisión de no quedarse quieto.



COP30, Belém, Belém - Pará, Brasil

¿QUÉ SIGNIFICÓ PARTICIPAR EN LA COP30 EN BELÉM?

Para mí, participar en la COP30 no empezó el día en que llegué, sino desde el momento en que supe que haría parte de la delegación. Desde ese instante, las emociones comenzaron a aparecer: felicidad, entusiasmo, pero también miedo. Aunque ya contaba con la experiencia de haber sido parte de la

delegación en la COP16 en Cali, Colombia, esta nueva oportunidad no dejaba de representar un reto. Saber que estaría presente en uno de los eventos más importantes del mundo fue, sin duda, algo increíble.

Al llegar, lo primero que vino a mi mente fue el camino recorrido para estar allí. Pensé en todas esas acciones pequeñas que realicé sin imaginar que algún día tendrían un impacto tan grande. Esas decisiones, esos esfuerzos y aprendizajes, fueron los que finalmente me llevaron a ese espacio. Junto a esos pensamientos, sentí un fuerte compromiso: el deseo de trabajar bien y hacer una representación responsable y significativa.

Ser parte de la delegación latinoamericana y representar a la Red de Jóvenes de Tearfund tuvo un valor especial para mí. No solo por el honor que implica, sino por la responsabilidad que conlleva. Entendí que no me representaba únicamente a mí, sino a toda una red de jóvenes que creen en la justicia climática y trabajan



día a día desde sus territorios. Esa responsabilidad se transformó en una fuente de inspiración para dar lo mejor de mí.

Incluso desde el primer momento, mi visión sobre el tema ambiental comenzó a cambiar. Estar allí me permitió comprender que no estaba solo en esta lucha. Ver a tantas personas comprometidas con la justicia climática reforzó mis ganas de seguir participando en estos espacios, entendiendo que es a gran escala donde también se puede visibilizar el valor de las pequeñas acciones que nacen en la comunidad de fe y en el contexto local, pero que tienen el potencial de transformar realidades.

MOMENTOS Y APRENDIZAJES CLAVE

Durante la COP30 hubo varios momentos que me marcaron, especialmente los talleres y espacios de diálogo donde pude conversar con jóvenes y

líderes de diferentes países tanto en la zona azul, como en la zona verde. Más allá de las agendas y los eventos formales, lo que realmente me impactó fueron las conversaciones sinceras. Escuchar a personas que ya viven los efectos de la crisis climática en sus territorios me ayudó a entender que esto no es algo lejano, sino una realidad que ya está pasando.

Las personas y comunidades que conocí fueron una gran inspiración. Ver a jóvenes, especialmente de América Latina, tan comprometidos con el cuidado del planeta y la justicia climática, me recordó que el cambio no solo viene desde los gobiernos, sino también desde las comunidades, la fe y el trabajo colectivo. Estas historias me dejaron claro que, incluso en contextos difíciles, hay esperanza y ganas de transformar la realidad.

En estos espacios también



aprendí a ver la crisis climática desde una perspectiva más amplia. Entendí que no es solo un tema ambiental, sino algo que afecta directamente la vida de las personas, la justicia social y la dignidad humana. Como joven, líder y miembro de iglesia, entendí que mi rol es ser un puente, llevando lo que pasa en lo local a lo global y mostrar que las pequeñas acciones que nacen en nuestras comunidades sí tienen valor.

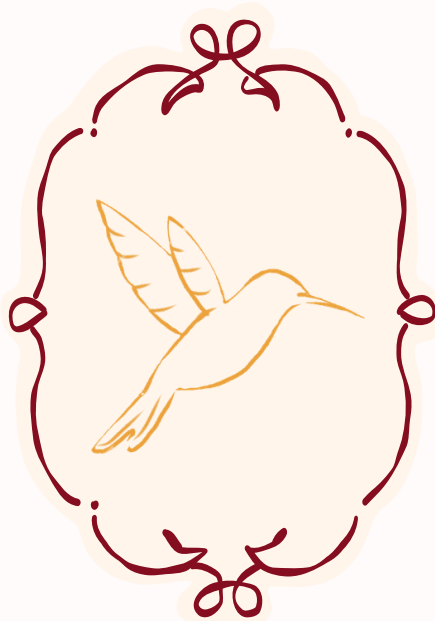
La COP30 me dejó un mensaje muy claro: la fe y la acción van de la mano. Cuidar la creación no es opcional, es parte de nuestro llamado, es nuestra responsabilidad. Salí con más conciencia, más motivación y con muchas ganas de seguir participando en estos espacios, sabiendo que lo que hacemos, por pequeño que parezca, realmente importa.



UN MENSAJE DESDE LA FE

Estar en ese espacio me recordó que creer y servir a Dios no es solo algo personal, sino una forma de vivir y actuar en el mundo. Cada conversación, cada historia y cada realidad que escuché reforzaron en mí la idea de que la fe también se demuestra cuando decidimos cuidar la vida, la dignidad de las personas y la creación que Dios nos confió.

Durante esta experiencia me acompañó la convicción de que **“la tierra es del Señor y todo lo que hay en ella” (Salmo 24:1)**. Ese versículo me ayudó a entender que no somos dueños de la creación, sino responsables de cuidarla. Cuidar el planeta no es una moda ni una agenda externa, es una expresión concreta de amor, obediencia, responsabilidad y justicia, especialmente hacia quienes más sufren las consecuencias de la crisis climática.



Hoy entiendo el llamado de Dios a cuidar la creación como una misión activa. No se trata solo de hablar del problema, sino de tomar decisiones, promover cambios y acompañar procesos desde nuestras comunidades de fe. Como joven cristiano, siento que Dios nos llama a ser parte de la solución, a levantar la voz con esperanza y a demostrar, con acciones reales, que la fe y el cuidado de la creación van siempre de la mano.

REALIDADES Y DESAFÍOS PARA LA COMUNIDAD

Lo que viví en Belém do Pará se relaciona mucho con la realidad de Montería. Ambas ciudades están profundamente conectadas con la naturaleza: ríos, biodiversidad y comunidades que dependen directamente de estos ecosistemas para vivir. En Belém vi cómo el impacto de la crisis climática ya es evidente en el territorio, especialmente en las comunidades más vulnerables, y eso me recordó a lo que pasa en Montería con el río Sinú, las inundaciones, las olas de calor y la forma en que muchas veces el desarrollo no va de la mano con el cuidado ambiental.



Ilustración: Angélica Genes Núñez

Uno de los principales desafíos que identifiqué es que, tanto en Belém como en Montería, las consecuencias del cambio climático afectan más fuerte a quienes menos responsabilidad tienen en causarlo. Sin embargo, también vi grandes oportunidades. En Belém conocí procesos comunitarios y juveniles que demuestran que, cuando hay organización, conciencia y trabajo colectivo, sí se pueden generar cambios. Eso me hizo pensar que en Montería y en nuestras iglesias hay un enorme potencial para fortalecer la educación ambiental, el cuidado del territorio y la acción desde la fe.



El mensaje que quiero llevar de regreso a mi comunidad y a mi iglesia es claro: no podemos seguir desconectados de lo que pasa en el mundo. La crisis climática no es algo lejano, también se vive en nuestro territorio. Pero, así como existen desafíos, también hay esperanza. Desde lo local, desde la fe y desde las pequeñas acciones, podemos ser parte de la solución. Cuidar la creación es una responsabilidad compartida y una oportunidad para transformar nuestra forma de vivir, creer y actuar.

LLAMADO A LA ACCIÓN

Después de esta experiencia, creo que como iglesias, jóvenes y comunidades necesitamos pasar de la conversación a la acción. Es clave que dejemos de ver el cuidado de la creación como un tema secundario y lo asumamos como parte de nuestra fe y de nuestra responsabilidad social. Desde las iglesias podemos formar conciencia, promover prácticas



sostenibles y acompañar a las comunidades más afectadas; como jóvenes, organizarnos, alzar la voz y seguir ocupando espacios donde se toman decisiones; y como nación, exigir políticas que protejan el territorio y pongan la vida en el centro.

A nivel personal, asumo el compromiso de seguir siendo un puente entre lo local y lo global. Quiero continuar fortaleciendo las acciones ambientales en mi comunidad de fe, compartir lo aprendido y motivar a otros jóvenes a involucrarse. Después de la COP30, tengo claro que no basta con creer, también hay que actuar. Cuidar la creación es una tarea diaria y colectiva, y yo decido seguir caminando en esa dirección.

Cierre

Me voy de esta experiencia con un corazón agradecido y con la certeza de que Dios sigue llamándonos a cuidar lo que creó con amor.

“Y vio Dios todo lo que
había hecho, y he
aquí que era bueno
en gran manera”
(Génesis 1:31)

Cuidar la creación es honrar ese **“muy bueno”** de Dios y asumir, con responsabilidad y esperanza, el papel que nos corresponde en este tiempo.

También recuerdo que nuestra edad no limita nuestro impacto. **“Que nadie tenga en poco tu juventud; al contrario, sé ejemplo” (1 Timoteo 4:12).** Como jóvenes, somos llamados a ser ejemplo en nuestra forma de vivir, creer y actuar frente a la crisis climática. Con fe, compromiso y acción, seguimos caminando por la justicia climática, confiando en que cada paso cuenta y que Dios sigue obrando a través de quienes deciden cuidar su creación.

03

ÁMELY



Esta historia está basada en el resultado de una etnografía feminista llevada a cabo en la comunidad educativa **El Tigre Villa Clareth**.

Amely

Autora: Aura Miguel Díaz Cordero

Ilustraciones: Lina Montes, Egresada de la I.E. El Tigre Villa Clareth

Dedicado a todas las mujeres de mi comunidad

Memorias y pensamientos

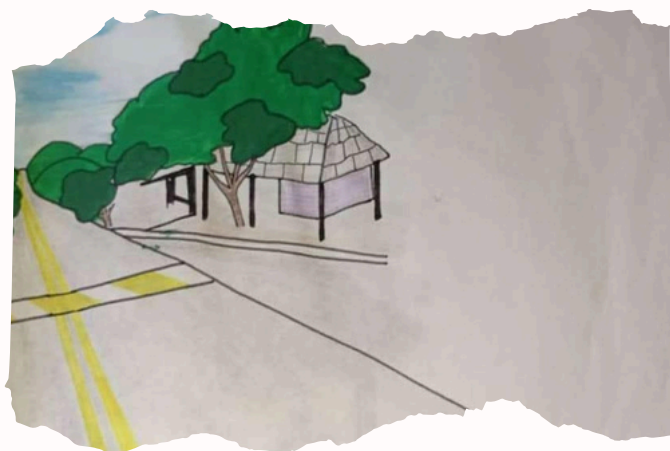


Ilustración: Lina Montes

Cuando son las cinco de la tarde me gusta salir a la carretera principal. Yo creo que me parece más atractiva la vista de la vía al mar. Si tengo que ser sincera, para la gente de este pueblo eso no tiene nada extraordinario; para mí esa vista representa mi libertad. Llevo muchos años esperándola, sé que pronto llegará. Allá está el mar y después del mar sigue eso que parece infinito, eso que no conozco, pues, aunque tengo los ojos grandes, mis ojos no me alcanzan.

Siempre que estoy en la carretera me imagino montada en ese barco pequeño, algo como un yate. Mi mente alcanza a imaginar que voy allí hacia ese infinito y que el mundo que me espera del otro lado me ofrece muchas oportunidades. Como que un día podré estar en un café, como los que muestran en las películas de la televisión, leyendo un periódico, tal vez sola o tal vez con alguien; eso no lo decido aún.

¿Será que mi libertad se parece

a la mujer de la estatua de una ciudad grande que se llama Nueva York? Una mujer bastante grande que mira hacia el horizonte, yo quiero mirar hacia los vestigios de la libertad. Supongo que también puedo hacerlo, no me debo rendir; tengo catorce años, ya pronto terminaré mi secundaria, no tengo claro aún cómo lo voy a lograr, pero sí tengo claro lo que quiero y lo que ya no quiero; ya pensaré en cómo. Definitivamente creo que mi libertad se parecerá a ella. Así que permitiré que me inspire.

No es que la vista a la ciudad me parezca mala, pero todos vienen de allá y veo muchas cosas que no cambian en esta vereda. Quizá suene tonto, pero yo apostaría por virar hacia lo desconocido, hacia lo poco explorado, hacia lo que está por conquistar. Nosotras las mujeres, por ejemplo, debemos seguir intentándolo. Algunas veces lo expreso y a mi madre no le gusta; me dice que parezco loca. Mis amigas no me prestan mucha atención; bueno no importa. Ahora que recuerdo, ya falta poco para las

cinco, así que me asomaré como muchas veces a la carretera; ese momento me permite emanciparme, mis temores se van y mi voluntad llega y se hace más grande.

Estoy consternada con el pensamiento que tiene Franco. Hoy en el colegio nos preguntaron acerca de nuestros gustos y preferencias. Él dijo algo, con lo cual no estoy de acuerdo:

“Los hombres debemos aprender francés, es un idioma que nos queda bien porque nos hace ver como personas elegantes y los hombres somos elegantes. Las mujeres deben aprender otros idiomas diferentes al francés porque este no va tanto con ellas. A ellas les va mejor el inglés, porque las palabras suenan más suaves y delicadas, además las profes de inglés siempre son mujeres, es que definitivamente a los hombres no les luce eso del inglés”

Me inquieta lo que él piensa: ¿por qué clasificar los idiomas dependiendo si somos hombre o mujer? ¡En mi sentir, hacerlo podría ser absurdo! Dentro de sus argumentos prevalece el hecho de que el francés tiene un aire fino, pero a la vez varonil. Yo la verdad, preferí guardar silencio. No conforme con eso, mis compañeras mujeres decidieron apoyar su discurso y estoy muy segura que lo hacen porque ellas tienen miedo a ser rechazadas o a ser juzgadas por los hombres del salón. Eso me hace ruido; también me entristece.

Tengo la sensación de que los hombres de mi salón saben que sus argumentos sobre los idiomas son errados. No obstante, ellos tienen como un ego, algo parecido a eso que se llama “el **superhombre**”, eso los hace pensar que los machos son rudos y que por cumplir ante esa rudeza no pueden dar el brazo a torcer.

A decir verdad, pienso que mientras ellos no quieran dejar de lado ese macho alfa, sus opiniones sobre lo que supuestamente les queda bien a las mujeres, seguirá siendo la misma. Ellos saben muy bien que las mujeres no son solo de lavar, cocinar y planchar.

Supongo que las mujeres sienten lo mismo y que el poco apoyo que reciben de sus amigas y amigos también les hace sentir miedo. Yo creo que tienen miedo a ser rechazadas, tal vez porque en el fondo lo que queremos los seres humanos es ser amados y la aceptación es una manifestación del amor; entonces el rechazo se traduce en el opuesto del amor.

Pienso que el asunto no es si te queda bien o no, puesto que en internet ya lo pueden ver, pero su misma hombría los hace entrar en pensamientos casi que tercos y necios. Creo que también otro asunto es que aún no soportan la burla de los otros. Para mí, en el fondo eso se llama miedo; el miedo parali-

za pues te hace actuar, muchas veces, en contra de tus principios, para complacer a los otros o para no ser castigado por las personas.

Algunas veces a mi escuela vienen personas que son de la ciudad; llegan a brindar charlas de temas relacionados con la sexualidad de nosotras las adolescentes y también de los hombres. Hablar de ese tema en voz alta, aún sigue siendo complicado, porque cuando nosotras hablamos de nuestro cuerpo en el salón o en el patio del colegio, pareciera que satanizan el tema y que nos juzgaran como si las mujeres no pudiéramos hablar o no tuviéramos derecho a opinar, además no me gusta esa sensación de las miradas y comentarios de la gente hacia nosotras, como si fuésemos indecentes. Conocer y hablar de nuestro cuerpo es mostrarnos como coquetonas y vulgares.

Tal vez, esa sea la razón por la que muchas jovencitas de esta comunidad desconocen estos

temas, es que mencionarlos pasa a ser un problema, para la gente de este pueblo, hablar de sexualidad y del cuerpo es como perder el pudor y eso es caer en la indecencia y en la inmoralidad. Entonces: ¿dónde termina la educación y donde inicia la vulgaridad? ¿Acaso conocer mi cuerpo es convertirme en alguien inmoral? A todas estas, puedo entender un poco por qué las mujeres de este pueblo no se sienten nada cómodas al hablar de ellas, se hace más fácil vivir detrás de la sombra de los hombres, porque ser mujer no solo es aceptar el asunto de lo que, sí nos queda bien, sino también vivir bajo y tras la piel de los hombres, aunque eso definitivamente no se sienta bien.



Los colores de las mujeres



Hoy me desperté como de costumbre cuando el reloj marcaba un poco más de las tres (3) de la madrugada. Mis amigas dicen que esta es la mejor hora para seguir durmiendo y puede que sea así. La verdad es algo que no distingo, ni recuerdo, porque hace mucho tiempo que no despierto tarde; más o menos desde que murió mi padre, así

que no puedo permitirme eso. Debo ayudarle a mi madre Teresa a poner el agua para el café en la hornilla, un fogón que hacemos en el patio con piedras grandes, al cual le echamos gas y fósforo para que pueda encender.

Me gusta sentarme al lado del fuego porque me calienta y en medio que emerge el calor, puedo imaginar los escenarios en los que estaré o a los que quiero llegar cuando sea profesional. A veces pienso que seré cantante, pero otras veces creo que algún día podré dedicarme a lo que más me gusta hacer: poder escribir libros para contarle historias al mundo.

Contados unos veinte minutos, después que pongo la leña al fuego, esta empieza a quemarse y se forma algo que se llama brasas. Las brasas vienen a ser ese medidor que



me habla, me dicen que debo levantarme y empezar a andar. Luego de tomar un poco de café ayudo a mi madre a ponerle la angarilla al burro para poder ir a buscar agua.

Mi mamá tiene que ir a buscar agua todos los días antes del amanecer porque nuestro pueblo carece de agua y a ella le pagan los vecinos por cada viaje que hace con varios tanques llenos; con esa plata yo puedo tener para mi merienda y comprar cosas que necesite para el colegio o algo de ropa y zapatos. La represa de donde mi madre trae el agua está a unos cinco kilómetros de nuestro caserío. Ella tiene que hacerlo a esta hora de la madrugada para volver a la salida del sol, pues luego tiene que irse a la Finca La Marquesa

porque allá trabaja hasta la tarde en la cocina.

Las mujeres en este pueblo, en su mayoría no trabajan, supuestamente, y digo supuestamente porque se dedican a los oficios de casa. Pero mi madre debe hacerlo porque mi padre ya no está en este mundo.

Mientras mi madre se va a buscar el agua yo me quedo preparando nuestro desayuno, el almuerzo y organizando un poco la casa. Si es cuestión de hablar, sé cocinar, pero no me gusta tanto hacerlo; no me parece indigno, pero no es a lo que me quiero dedicar. Debo ayudarle a mi madre, pues no tiene quien más le ayude, porque quiero terminar mi secundaria y, si es posible, ahorrar algo para poder irme a la ciudad y poder entrar a la universidad. Yo no quiero repetir la misma historia de mi mamá. Sé que ella se siente bien debido a que sabe que, gracias a su esfuerzo, yo estoy yendo a la escuela, pero tengo la sensación de que ella no es del todo feliz, que algo le falta.



Mi padre Fausto murió a causa de un infarto cuando yo tenía cuatro años, tengo algunas fotos de él, pero mis ojos también tomaron muchas y por eso prevalece intacto en mi memoria. Desde entonces, la casa ha estado habitada solo por mi madre y por mí. Me impacta y cuestiona ver que desde que murió Fausto, mi padre, Teresa siempre viste de colores opacos y oscuros. En lo personal me gustan los colores oscuros, pero a mi madre no. Sin embargo, ella lo hace porque su familia le dice que debe seguir guardando luto a su esposo, o sea a mi padre. De acuerdo con las ideas de mis abuelos, quienes viven a varios kilómetros del pueblo, pero que siempre saben todo lo que hacemos nosotras por los vecinos vigilantes que tenemos; las mujeres deben vestir de modo sobrio, recatadas, con colores pasteles y suaves y mucho más si han enviudado. Entonces las mujeres también tenemos colores que nos representan. Otra cosa graciosa es que a mi mamá no le gusta cuando le digo Teresa y menos si estoy en presencia de mi abuelo, porque pensarla a ella como otra y no como mamá, es una falta de respeto.

Las personas adultas del pueblo dicen que las niñas deben vestir con vestidos con cortes en la cintura y largos, en lo posible que no sean “mostrones”, porque esto nos haría ver como mujeres indecentes.



También piensan que las faldas y las blusas nos quedan bien a nosotras las mujeres. Si una de nosotras se pone algo corto, short y con colores vibrantes o rotos no somos bien vistas. Recuerdo que un domingo fui a visitar a mi abuela Esmeralda, la mamá de mi madre, me gané un regaño. Me dijo que cómo se me ocurría ponerme esa gorra con ese suéter ancho, que parecía machorra. “Machorra” es una mujer cuya apariencia y forma de actuar se asemeja más a la de un hombre que a la de una mujer. A raíz del comentario de mi abuela, ese día regresé temprano a casa y las veces que he seguido yendo lo he hecho más que todo por ir a buscar cosas que Teresa necesita o llevarle cosas que Teresa le envía. Considero que no tiene sentido visitarla si me va a sermonear por la forma como me visto.

En este pueblo, las mujeres tenemos papeles, como si fuésemos producto de los guiones de esas telenovelas que presentan en televisión.

Hay cosas que nos condicionan a hacer y una de esas cosas, es la forma de vestir y los colores que debemos usar. Yo me pregunto por qué las personas, sobre todo las mujeres de esta comunidad se han adaptado y aceptan ese guion; se supone que, según las leyes, las mujeres podemos gozar de nuestra libre personalidad.

Si YA
esta
escrito,

por qué no nos desprendemos de los viejos prejuicios. Pero la verdad, aunque mis abuelos quieren imponer el cómo debo vestirme y muchas veces lo hago para no generar conflictos familiares, no acepto los colores de las mujeres.



Los años de controversia

¿Qué me debo poner para el quinceañero? Por mi mente ha retumbado en esta tarde esta pregunta, pues hoy en la madrugada mientras tomaba el café con mi madre, en ese espacio en el que hacemos reflexión en las madrugadas, frente a nuestro fogón; Teresa se mostró preocupada porque recordó que el próximo sábado es el quinceañero de Mariana y dijo con voz angustiada:

—¡Y ahora qué te vas a poner!
—Tranquila mamá —le respondí— también podría pensar en no ir.

A raíz de mi solución creo que su preocupación aumentó. Así que estoy contemplando la opción de asistir para dar tranquilidad a mi madre.

El día que cumple Mariana en realidad es el jueves, pero por el asunto de la celebración tradicional del cumpleaños número quince en las jóvenes de este pueblo, siempre la celebración se establece para un día sábado. Yo me encuentro próxima a cumplir años y para mí este cumpleaños es tan importante como cualquier otro. No obstante, para mis compañeras de la escuela, a diferencia de los otros aniversarios, cumplir quince es como hacer realidad un sueño y también para sus madres. Digamos que para los hombres tiene otro significado.

Para mis compañeras de curso cumplir quince años significa

hacernos mujeres. He escuchado que, a diferencia de los hombres, las mujeres podemos comprender el mundo, brindar afecto y tomar responsabilidades a más temprana edad que los hombres. Para mí, este argumento carece de sentido, porque he conocido en el colegio y también aquí en el pueblo, a hombres que tienen inteligencia emocional y un proyecto de vida a pesar de su corta edad. Además, los chicos aquí en el pueblo ganan dinero, pues a ellos si les dan ese permiso en sus casas, o sea que aprenden a administrar desde temprano. Así que considero que la madurez no tiene mucho que ver con el hecho de si eres hombre o mujer, más bien es un asunto de carácter.

Hay situaciones que suceden en este pueblo con las que no encajo; creo que puede sonar altisonante afirmar que los demás están equivocados, pero la verdad no estoy de acuerdo con la actitud que tienen los padres de mis compañeras y los compañeros de clase. El cum-

pleaños número quince de sus hijas lo toman como un asunto folclórico, pareciese como si la celebración fuera de ellos. Primero que todo, no se ponen al tanto de los preparativos de la fiesta; más bien las mujeres tienen que ocuparse de ellos ese día más que nunca. Desde que inicia el día de la celebración, los hombres se dirigen a la plaza del pueblo o algunas veces a los establecimientos que están a orillas de la carretera para buscar bebida.

Básicamente los padres de las quinceañeras se emborrachan desde temprano y su interés gira en torno a tener un buen equipo de sonido o bafle grande, conocido como *pick up*, para poder gozar de un alto sonido y volumen de música durante el día, la noche y si es posible parte del día siguiente. Ocuparse de los asuntos logísticos como la música y la bebida no es malo. Pero el asunto radica en cómo incide esto en el rol de las madres en ese día; creo que todo esto es un desgaste y un sobreesfuerzo

que recae sobre las mujeres del hogar. Si bien las mujeres son las encargadas del mantenimiento y cuidado del hogar, también ese día deben encargarse del resto de preparativos que incumben a la quinceañera, el resto de hijos, esposo, y demás asuntos que suponen una gran inversión de tiempo como lo son comida y decoración. A mi modo de ver las cosas, el trabajo de las madres en una fecha tan importante como esta, es heroico pero al mismo tiempo es injusto, pues son las que menos pueden gozar; antes por el contrario, considero que al cabo del inicio de la fiesta, ya las madres están agotadas.

Algunas de mis amigas anhelan que llegue el día de su cumpleaños número quince porque esto supone el inicio formal del establecimiento de relaciones de pareja. Mis compañeras están muy concentradas en poder tener novios, para la mayoría de ellas es más importante estar comprometidas con alguien, que pensar o buscar la manera de poder continuar los estudios universitarios y establecer un plan de vida desde la academia o en otro tipo de roles u ocupaciones.



El sentimiento de Ámely

—¿A dónde te diriges?

—Voy a casa de mis abuelos.

—¿Te puedo ayudar con la mochila?

—No es necesario, yo puedo cargarla sin ayuda.

—Pero si se ve muy pesada, Ámely. Yo sé que puedes, solo quiero que llevemos entre los dos la carga para hacerla más equilibrada.

—Está bien, Camilo, me gusta esa idea de que las cosas puedan ser repartidas de forma equilibrada.

Siento vergüenza de mirar a Camilo a los ojos y encima de todo tengo las manos frías y sudorosas, quiero que este momento pase rápido, pero a la vez quiero que dure más de lo que va a durar.

—Oye, Ámely, me inquieta mucho el porqué casi no te veo salir de tu casa.

—Las razones son varias.

—¿Me podrías comentar; claro si no te incomoda?

—Verás, Camilo, tiene que ver

con el hecho de que mi abuelo es muy estricto y siempre le anda diciendo a mi madre y a mi abuela que las mujeres no deben estar saliendo de la casa, a menos que sea asuntos de la escuela.

—Ah, lo siento.

—No te preocupes. Sabes, aunque no comparto la visión de mi abuelo, la otra razón por la que salgo poco de casa es porque no me siento segura.

—¿Te han hecho algo malo en este pueblo?

—No. No me siento segura de cómo podría actuar ante los comentarios machistas que la gente te dice. Me incomoda que me critiquen y digan que soy novia de un hombre si me ven cruzando palabra con él, o que, si me ven hablando mucho con una mujer, entonces es porque ya estoy enamorada de ella.

—Claro, suena terrible.

—Pero no solo es eso, cuando sales a la calle, también por ser mujer, te dicen lo que deberías

estudiar, cómo debes vestirme, los juegos que te quedan bien y cosas así.

—¿Entonces no quieres a este pueblo?

—Sí lo quiero, me siento muy orgullosa de esta tierra porque aquí nací y poner mi mirada hacia el horizonte me llena de paz. Pero no me quiero quedar aquí, porque me entristece la forma como nos tratan. Además, sueño con viajar y poder ser libre.

—¿En serio? Hablando de viajes. Quiero contarte que me voy.

—¿A dónde te irás?

Tengo una tía que se va a trabajar con sus patrones a Querétaro, es una ciudad cerca de la capital de México. Ella no tiene hijos, entonces para no estar sola allá, quiere que yo vaya con ella. A mi madre y a mí se nos ha ocurrido que debo ir a vivir con ella para hacerle compañía. Si me voy terminaré

el colegio allá y podré tener acceso a la universidad, pues los patrones de mi tía correrán con esos gastos. Confieso que me atemoriza un poco dejar a mi mamá sola, pero aquí tengo pocas oportunidades. ¡Mira! Allí se ve la casa de tus abuelos, Ámely. Fue un gusto acompañarte y hablar contigo.

—¿Cuándo te vas?

—Viajaré en quince días, en cuanto terminen las vacaciones. Adiós, Ámely.

—¡Camilo! Espera.

—¿Dime?

—¿Te puedo volver a ver antes de que te vayas?

—Sí, claro. Yo te aviso, cuídate.

—Gracias. Adiós.

Enterarme de que Camilo se irá, es algo que me pone nostálgica, porque no me puedo mentir, siento cosas por él y son cosas bonitas; se me retuerce el estómago cuando lo veo y si



pienso en él me siento muy feliz, se me colorea el rato. Pero creo que es lo mejor que le puede pasar a él y a su familia.

—Hola abuela.

—¡Hija! ¡Qué bueno verte, ya casi no vienes!

—He estado ayudando a mamá con los quehaceres de la casa, ya sabes que casi no me gusta cocinar y esas cosas, pero debo ayudar.

—Pero si a las mujeres nos corresponde el asunto de la cocina y de la casa hija. ¿Cómo dices eso?

—Las cosas han cambiado abuela, ya no es tan así. Por eso quiero estudiar, para estar siempre en la cocina y permitirle a mi mamá que descanse.

—Ay hija, ustedes los jóvenes piensan unas cosas. Yo deseo que te consigas un buen hombre, que te pueda mantener y que cubra todas tus necesidades.

—¡Abuela! Yo no pienso esas cosas.

—¿Y entonces?

—O sea, sí quiero estar rodeada de buenas personas. Pero quiero ser independiente, poder decidir sobre mi vida y hacer cosas por mí. Las mujeres somos inteligentes y capaces. Podemos crear empresas, administrar, liderar, todo lo que queramos hacer lo podemos hacer; así como los hombres lo han logrado,



Día soñado

No me siento nada cómoda con este vestido, es muy esponjado y ajustado. Este color rosa pastel me gusta, pero hubiera preferido usar un color azul rey. Sin embargo, debo agradecer a mi madre y a mi abuela que me lo diseñaron en tan poco tiempo. Debo decir que las personas aún siguen estereotipando la forma como nos debemos vestir en las fiestas; hoy no fue la excepción: la decoración es rosa y el vestido de Mariana es morado con zapatos de tacón a pesar de que su color preferido es el negro y que a ella no le agrada ese estilo de calzado. Llegó el día soñado por Mariana y por su familia, bueno y para muchos en el pueblo.



Ilustración: Lina Montes

—¡Señoras y señores por un suceso inesperado se suspende la fiesta!

Mmmm para que esta familia tomara esta decisión, algo grave ha de haber pasado.

—Ámely, nos tenemos que ir.

—¿Qué ocurre, mamá, por qué se acabó este quinceañero si apenas iba a empezar?

—Camino a casa te cuento. Ahora vámonos porque debemos dejar que esta familia asimile la situación.

—Está bien, mamá, como tú digas.

Comentarios van, comentarios vienen

Hoy es lunes y a pesar de ser un día normal, aquí en la escuela parece un día cultural. Esto es porque la gente va de salón en salón averiguando el chisme de lo que pasó con Mariana el día de su cumpleaños.

—Hola, Ámely.

—Hola, Lucía.

—No pude hablar contigo en casa de Mariana porque vi cuando tu mamá y tú se marcharon prontamente de la fiesta.

—Así es, Lucía. Mi mamá y yo preferimos marcharnos. A estas alturas no sabemos dónde está Mariana.

—Estás mal enterada, Ámely. Ya todo el mundo sabe.

—¿Y dónde está?

—En casa de Franco.

—¿Cómo?

—Así es, Amely. Mariana decidió irse a vivir con Franco, están en la casa de los padres de él.

—¿Pero por qué el día de su cumpleaños, por qué con Franco? Nunca imaginé que ella tomaría esa decisión. ¿Acaso en la carta que dejó no decía que se iba lejos a rehacer su vida?

—Sí, eso decía.

—Bueno ojalá logre ser muy feliz. Nunca me enteré de que Mariana tenía una relación con Franco.

—Creo que ella nunca dijo nada porque sentía miedo de que su papá no aceptara eso y la maltratara como lo hace con su mamá.

—Comprendo. Sí, pudo haber sido por eso.

—Te hablo luego, Ámely, debo entrar a clase de matemáticas. Y si no llego a tiempo entonces tendré que hacerme en grupo con los hombres del salón y eso no me gusta.

—Vale, Lucía, te veo luego.

Analizando la situación, era de esperarse que Mariana tomara esta decisión. Tal vez se cansó de no poder ser escuchada por su

padre. Su mamá tampoco ha podido contar con mucha libertad en los últimos años. Todas las decisiones las asume su padre, pues es quien trabaja por fuera y provee el sustento; hasta infunde miedo en su hogar. Lo que nunca imaginé es que decidiera escapar con Franco. Tengo entendido que a él le gusta maltratar a sus novias siempre que se emborracha y por sus ideas machistas y poco convencionales, no sé si sea la pareja que pueda ayudar a Mariana a tener una vida amparada en la equidad y justicia. Supongo que el miedo y la angustia no son buenos consejeros; no siempre nos ayudan a tener claridad en nuestras elecciones.

Géneros en controversia

Creo que voy un poco tarde para la escuela. Me retrasé, porque me quedé reflexionando en el camino sobre lo que pasó con Mariana. Ya hace ocho días que se fue a vivir con Franco y la gente del pueblo no para de comentar sobre su decisión. Ahora no puede venir a la escuela, porque su pareja le dice que su lugar está en casa, ayudando en los quehaceres y que no es necesario que regrese al colegio. Me parece muy triste que su sueño de seguir estudiando y poder ser una enfermera se quede truncado.

—Hola, Lucía. ¿Por qué tienes esa cara? ¿Sucedó algo?

—Si, me siento un poco triste. Desde que llegué, algunos compañeros del salón han estado burlándose de mí y de mi mamá porque el sábado decidimos ir al establecimiento donde está el juego de billar.

—¿Pero por qué se burlan?

—Porque ellos dicen que somos unas indecentes e inmorales, que esos sitios no son para las mujeres.

—Pero no te sientas mal por eso, Lucía, tu mamá y tú son libres de ir a cualquier lugar donde se sientan bien.

—Hola, Ámely.

—Así es, pero mi abuelo no entiende eso y está bastante molesto con mi mamá

—Tranquila, Lucía, ya pasará.

No deberían señalarnos o crear juicios de nosotras las mujeres por recorrer sitios que los hombres ya han caminado. Las mujeres también tenemos derecho a ser libres y escoger con autonomía el espacio que nos guste o nos haga sentir bien.

La despedida



Ilustración: Lina Montes

—Hola, Camilo.

—Hola, Ámely. Gracias por permitir despedirme de ti

—Gracias a ti, Camilo. ¿Cuándo viajas?

—Mañana a primera hora saldremos a la ciudad, para tomar un bus que va directo a la capital. Allí nos quedaremos dos días y de allí tomaremos el vuelo directo a Ciudad de México y de allí está cerca

nuestro destino.

—Me alegra mucho que puedas viajar y que te proyectes a estudiar.

—Gracias, Ámely. Para mí es muy importante este momento, porque quiero decirte algo desde hace tiempo.... pero no me atrevía a hacerlo, pues no sentía la confianza.

—Sí, cuéntame.

—Eres la chica a la que más he admirado en este pueblo, tienes muchas cualidades que te hacen ser especial y deseo que te vaya muy bien, que puedas alcanzar todos tus sueños, el de viajar, de aprender muchas cosas.

—Gracias, Camilo, gracias por tus palabras. Debo admitir que también te admiro mucho y que deseo lo mejor para ti. Tengo la

plena certeza de que algún día,
en algún lugar del mundo nos
veremos.

—Cuídate, Ámely, nunca
renuncies.

—Tú también cuídate, Camilo.
Tampoco renuncies.

—Adiós.

—Adiós.



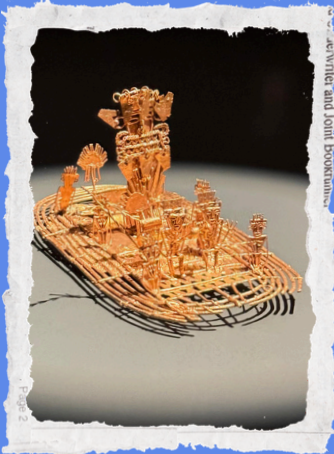
Mirada hacia el futuro

Debo confesar que al para otros profesionalizarse,
despedirme de Camilo tuve para otros conocer otros
sentimientos encontrados. Y lo lugares, pero
extrañaré porque logré entablar independientemente de lo que
con él una bonita relación de sea, cada sueño debe ser
amistad. Pero pienso que lo respetado. Las mujeres
mejor que le pudo pasar, fue necesitamos apoyo para
irse. Aunque eso implique que escoger sin temores ni
algunas personas lo vamos a limitaciones. Merecemos elegir
extrañar. La libertad se viste de desde nuestra perspectiva y
sueños; cada persona tiene punto de vista.

sueños en particular. Para
nosotras las mujeres
alcanzarlos, a veces es más
difícil, porque en el contexto, se
piensa que las mujeres deben
dedicarse al cuidado de casa;
sin embargo, yo no lo pienso
así. Yo creo que cada persona,
hombre o mujer, tiene un sueño
en particular. Para algunos o
algunas es quedarse en casa,



VISUALIA



Museo del Oro, Bogotá
Fotografía: Oscar Arismendi



Santa Cruz de Mompox
Fotografía: Rosa Babilonia



Atardecer en las playas de San Bernardo del Viento
Fotografía: Rosa Babilonia



Museo del Oro, Bogotá
Fotografía: Oscar Arismendi



Santa Cruz de Lorica
Fotografía: Hernán Miguel García



Atardecer en Mompox
Fotografía: Rosa Babilonia



Entretejiendo

ENEAS